

Francisco José Gómez Fernández



La gran historia de la

Navidad



FRANCISCO JOSÉ GÓMEZ FERNÁNDEZ

La gran historia de la
Nochebuena

Prólogo de José María Marco

© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Prólogo de José María Marco

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-299-8

Depósito Legal: M-17785-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com



PRÓLOGO

UNA PRECIOSA HISTORIA DE LA NAVIDAD

esús nació entre los años 7 y 4 antes de Jesucristo. O al menos así es como está establecido, corrigiendo los cálculos un poco atolondrados de Dionisio el Exiguo, que en 525 fijó el calendario cristiano, llamado a convertirse en calendario universal, a partir de una fecha equivocada. Lo importante, claro está, no es el error. Lo que cuenta es el empeño en fijar la fecha precisa del nacimiento de Cristo. La Iglesia llegó más allá, hasta el mismo día del nacimiento. Como tan bien cuenta Francisco José Gómez Fernández en esta *Gran historia de la Navidad*, no fue sencillo decidirlo. Por fin prevaleció el criterio de la Iglesia Católica Romana y la fecha quedó establecida el 25 de diciembre. Así es como se celebra todos los años en los países de tradición cristiana.

El cristianismo, como el judaísmo, es, efectivamente, una religión de las cosas concretas. Poco aficionadas a los grandes despliegues cósmicos, por no decir metafísicos, enraizan a Dios en realidades palpables y, sin sacralizar la naturaleza ni lo existente, les otorgan una dignidad propia. El judaísmo prefiere la narración (*hagadá*, en su sentido general) y el comentario a la especulación abstracta. El cristianismo, que hereda esta tendencia, como demuestra el ejemplo de Jesús y su enseñanza en parábolas (formas renovadas de *hagadá*), la lleva aún más lejos, tras haberse zafado de la prohibición judaica que impedía la representación de la figura humana. Desde hace mucho tiempo, conmemoramos el nacimiento de Jesús con la representación del misterio rodeado de todo un mundo, nada fantástico, de seres vivos, hombres y animales juntos, y todos realizando actividades de la vida cotidiana: yendo al pozo por agua, guisando unas gachas, guardando unas ovejas, amasando el pan...



Porque lo que celebramos con el nacimiento del niño Dios, es la irrupción del Señor en la Historia de la humanidad, como nunca había ocurrido hasta aquel 25 de diciembre de hace dos mil años. Lo había hecho antes, evidentemente, al indicar a Abram que saliera de su tierra natal. Desde entonces, el Señor había guiado al pueblo nacido del primer patriarca. Unas veces físicamente, como con la nube de fuego en el desierto durante el Éxodo; otras abriéndole el camino de la libertad, como durante las plagas con las que castiga a los opresores de su pueblo en Egipto, y otras mediante indicaciones, sueños o, directamente, en diálogo con el elegido, como con Moisés en el Sinaí o en el Monte Horeb, cuando el Señor le revela su nombre, nombre inscrito en el de Jesús, que significa «YHWH salva». También lo hará mediante los profetas, personajes que, situados en los márgenes, se hacen cargo del destino entero de su pueblo y enuncian, casi siempre para su desgracia, la palabra de Dios.

En la celebración cristiana del nacimiento del Hijo de Dios no hay apenas profetas. Juan el Bautista ha quedado descartado, a pesar de su protagonismo durante la Visitación, predecesora de mucho de lo que iba a venir. La celebración tradicional también deja fuera las profecías de Ana, la viuda devota, y de Simeón el anciano justo y piadoso. La Navidad se concentra en el nacimiento, no ya de un profeta, sino del Mesías, aquel que iba a culminar la historia de Israel y, con él, la de la humanidad entera. Claro que el Mesías que llega con el Hijo de Dios no responde a la expectativa previa, impregnada siempre de un triunfo emancipador, temporal. A pesar de su nacimiento en Belén, siguiendo la profecía de Miqueas, y a pesar de su linaje davídico, a Jesús se le identifica con la región donde pasó su juventud, Galilea, de mala reputación, por mucha que fuera su feracidad, por la mezcla de gentes que allí vivían. Desde el primer momento, además, proclama que su reino no es de este mundo, sembrando así el desconcierto entre un pueblo orgulloso, humillado por el dominio de Roma, y antes por los griegos. Y para completar el cuadro de un Mesías muy distinto al esperado, Jesús ni siquiera es pobre de verdad, de solemnidad como solía decirse. Será carpintero por haber sido hijo de carpintero, oficio bien considerado en la Palestina de su tiempo: un trabajador como casi todos los hombres jóvenes que escoge Jesús, y procedente de una familia de artesanos que seguramente tenía, como tantos otros en su tierra, algunas propiedades, aunque fueran muy pequeñas. De ahí el desplazamiento de la familia a Belén, con ocasión del censo.

Y es que, si los cristianos anduvieron empeñados en fechar el nacimiento de Jesús, no lo iban a estar menos —siguiendo también en esto la tradición judía— en localizar dónde tuvo lugar el acontecimiento. Y no sólo en cuanto a la localidad —la pequeña ciudad de Belén, tan cerca de Jerusalén y señalada por la profecía para la culminación del linaje de David—, sino también en cuanto al lugar preciso: una cueva, a falta de sitio en la «posada» —con toda



probabilidad, un caravasar, recinto cercado donde descansaban juntos animales y viajeros o comerciantes— y, dentro de la cueva, un pesebre. Todo nos habla de humildad, como lo siguen haciendo los pastores, primeros en conocer la Buena Nueva, gente pobre y no siempre bien considerada, pero que podían reivindicarse como ejerciendo el más antiguo de los oficios practicados por los descendientes de Abraham. En cualquier caso, fundamentales entonces en la economía de la hermosa Tierra Santa, tocada efectivamente por la mano del Señor, allí donde corre la miel y la leche.

Conocemos a los protagonistas del hecho, tan bien evocados y explicados por Francisco José Gómez Fernández. En primer lugar, la mula y el buey, no mencionados en los dos Evangelios de la infancia de Cristo, pero procedentes de la profecía de Isaías y seguramente de un apócrifo, *Pseudo Mateo*. *En la tradición popular son, además de representantes de la gente animal —y la gruta se convierte así en la nueva Arca de Noé—, los de la humanidad entera, gentiles y judíos, evocados estos en la mula, con ese toque de antisemitismo popular que nos recuerda el autor. San José ocupa, como no podía ser menos, un lugar preferente. No siempre bien tratado, como también evoca el autor, por su desconfianza inicial, y convertido en un anciano, por su sabiduría. Resulta más probable que fuera un hombre joven, en plenas facultades, lo que hace aún más conmovedora su decisión de asumir la paternidad del Hijo de Dios.*

Lugar aparte merece María, siempre en actitud de reverencia y veneración ante el misterio del que ha sido protagonista. No es ya la jovencísima María de la Anunciación ni la del Magnificat, tan enraizado en la tradición literaria sagrada judía. Es ya, para siempre, la madre de Dios, aquella en cuyo cuerpo se ha realizado el milagro de la Encarnación. El gesto de veneración con que suele ser representada lleva en sí mismo una forma muy profunda de conciencia de lo ocurrido. Es esa misma conciencia que le lleva a «guardar todas aquellas cosas, meditándolas en su corazón» y luego, probablemente, a estar en el origen de las tradiciones que desembocan en los Evangelios de Lucas y de Mateo. El gesto de María también remite, como la actitud de José, a la lección de libertad que los dos han dado previamente, con la aceptación voluntaria del designio divino.

En torno al misterio están los primeros testigos y participantes del milagro: los pastores, a los que el mismo Señor anuncia la Buena Nueva, y los Reyes, que tanto éxito lograron entre los cristianos orientales y entre los españoles, hasta el punto de convertirse en uno de los momentos más celebrados de los festejos navideños en nuestro país. A los pies del niño Dios depositarán las riquezas del mundo, procedentes de los tres continentes entonces conocidos. Con ellos, como subrayó Joseph Ratzinger, la humanidad se desprende para siempre de las supersticiones, las adivinaciones, la astrología y los restos de idolatría contra los





que tanto habían luchado los profetas y los sacerdotes judíos. Los ángeles, que acompañan los primeros momentos de Dios en el mundo, aportan la música y la luz. Ninguno de los dos falta en las celebraciones navideñas, en España con los villancicos, que aún cantamos y escuchamos, y, en todas partes, la luz: la luz de la pureza que redime al mundo y le ofrece la oportunidad de un nuevo comienzo, libre de ataduras y de deudas, como el niño recién nacido de María, la virgen, la nueva Eva, que cierra el ciclo abierto por Adán y abre además una Alianza nueva.

De fondo, y como era de esperar, el mundo sigue. En muchos nacimientos se perfila en el horizonte la sombra amenazante de algún palacio o castillo. Es el de Herodes, el gran déspota. Entre sus crueldades, de sobra conocidas en su tiempo, encaja bien la terrible matanza de niños que conocemos como la de los Santos Inocentes. Al recordarla, Mateo recurre al antiguo versículo de Jeremías sobre el lamento de la inconsolable Raquel en Ramá («Un grito se oye en Ramá (...); es Raquel que llora por sus hijos y rehúsa el consuelo porque ya no viven»), trasfondo inmemorial del dolor de la Santa Madre al pie de la Cruz. Y aunque menos presente, tampoco falta el recuerdo de los romanos y sus soldados. Al fin y al cabo, contribuyeron decisivamente, con el establecimiento de un imperio mundo que puso en crisis los cultos comunitarios y locales, a la llegada de una religión completamente nueva, desligada de un pueblo determinado e incluso de una cultura, o de una civilización. Fue una ruptura radical con el judaísmo —luego con el paganismo—, favorecida por una política de alcance universal cuyas repercusiones espirituales, ya que no religiosas, entrevió y expresó Virgilio, unos cuarenta años antes del nacimiento de Jesús, en la cuarta égloga de sus *Bucólicas*, cuando anuncia la llegada de una criatura, y con ella de un orden nuevo, desde aquello que es íntegro, impoluto (*ab integro*). San Pablo, con su carisma de estratega, lo entendió muy bien.



En el centro de todo este universo muy complejo, en el que las tradiciones del pueblo israelita conviven —resistiendo unas veces, otras adaptándose— con ambiciones y poderes venidos de fuera, está el niño Dios, recién nacido en su gruta, un niño judío que será educado como un judío recto y observante. Francisco José Gómez Fernández muestra muy bien cómo, tras la muerte y la Resurrección, al irse agotando la esperanza apocalíptica de la nueva llegada del Mesías y el fin de los tiempos, las comunidades cristianas fueron interesándose cada vez más en los hechos sucedidos en torno al nacimiento de Jesús. La Natividad, a la que no se presta mucha atención en los primeros tiempos, acabará siendo considerada la señal del inicio del Mundo nuevo. Cumplimiento de la Promesa judaica y, al mismo tiempo, su superación en un nuevo orden religioso que era también un nuevo orden humano.

El núcleo de la nueva religión era justamente aquello que la Navidad celebra, aunque a veces quede olvidado en las festividades: la Encarnación, el momento en el que Dios se hace

carne en el cuerpo virginal de María, para manifestarse en la realidad histórica como Hijo de Dios o, tal y como Jesús gusta de llamarse a sí mismo, el Hijo del Hombre. En este punto inconcebible, escandaloso para los hombres de su tiempo —también para los del nuestro—, se jugaba lo fundamental. Y así fue comprendido, muy justamente, durante los primeros siglos del cristianismo. Lo fue hasta tal punto que los debates sobre la naturaleza de Jesús ocuparon mucho tiempo, energías infinitas e incluso suscitaron enfrentamientos violentos que también eran luchas de poder, aunque no por eso perdían su intrínseca naturaleza de debate teológico.

Hoy en día consideramos incomprensibles, casi irrisorias, estas discusiones interminables, de sutileza intrincada y, desde nuestra perspectiva, artificiosa. Deberíamos ser más sensibles a la finura del análisis y a la belleza de la argumentación. Y, sobre todo, deberíamos dejarnos sorprender por la seriedad y la intensidad con la que debatían católicos, arrianos, nestorianos, monofisitas y adopcionistas. Si la victoria no hubiera recaído en las posiciones defendidas por la Iglesia católica y articuladas en el Concilio de Nicea, en 325, la historia de la humanidad habría sido muy distinta. La doctrina cristiana postula, efectivamente, la doble naturaleza de Jesucristo: hombre y Dios al mismo tiempo y no, como afirman las doctrinas refutadas y al cabo descartadas, una sola naturaleza, ya sea divina o humana en combinaciones diversas y sutiles. Por esta vez, y como se ha dicho, la lógica estaba del lado de lo más improbable, como es la aparición en el mundo, en la realidad humana, de una criatura que debía ser al mismo tiempo, sin mezcolanza y sin transformación de ninguna de las dos naturalezas, Hombre y Dios a la vez.

Y no al modo de los dioses y semidioses antiguos, ni en inimaginables procesos de armonización cósmica, como en algunas religiones orientales, sino en el aquí y ahora de algún momento entre el año 7 y el 4 a. C., en una familia judía, con Tiberio de emperador en Roma y Herodes reinando en la tierra de Palestina. Lo que había nacido en aquel preciso momento era Dios hecho hombre. Y para eso, unos meses antes, el Espíritu había encarnado en el cuerpo de María. El *Logos* sin principio ni final de las primeras líneas del Evangelio de Juan se había hecho carne y trastocaba de arriba abajo cualquier dispositivo religioso previo. Salvo el judaísmo, que era su predecesor y su raíz (y es bien sabido hasta qué punto muchos cristianos entendieron mal esta realidad a la que debían estar agradecidos), todos ellos estaban destinados a desaparecer ante la nueva religión, por mucho que esta supremacía no fuera una ley de la historia ni, como ya hemos sugerido, la competición estuviera ganada de antemano. A partir de ahí, y poco a poco, los cristianos tomaron conciencia de lo ocurrido y comprendieron el significado y el alcance de la Encarnación. Y así es como fueron imaginadas y fijadas las celebraciones de la Navidad. Su historia es, en buena medida, la de la difusión y la toma





de conciencia de que Dios —el Dios único, omnipotente, incomprensible para la mente humana— se había hecho carne por la intervención de la Palabra.

Desde entonces, la escena del nacimiento del Niño Dios cobra sentido, un sentido siempre renovado por lo indescifrable del misterio y, a la vez, su cercanía, la naturalidad con la que se aparece y se impone, sin la menor violencia ni la necesidad de recurrir a complejas abstracciones. La humildad y la sencillez que presiden toda la escena plasman el gesto de caridad por el que Dios acepta no ya acercarse, sino convertirse en un ser humano más, con todas las debilidades, las emociones y los padecimientos a los que estamos sujetos. También habrá incontables lecturas alegóricas de lo ocurrido, que desvelen significados muy profundos, pero no evidentes a primera vista. San Agustín —con cierta impertinencia, dijo Joseph Ratzinger— hará del pesebre donde comen los animales la figuración anticipada de la mesa en la que se ofrezca el cuerpo del Señor. En las Iglesias orientales, los pañales serán un anticipo del sudario que envolverá el cuerpo de Cristo muerto. La mirra de los Reyes antecede a la mirra con la que se embalsamará, al modo judío de entonces, el cuerpo de Jesús. Y en España, donde triunfará en el siglo XVII el motivo del taller de José, en más de una ocasión los instrumentos de carpintería prefiguran aquellos por los que se cumplirá la Pasión. También en nuestro país el sueño del niño Dios significa a veces una anticipación de Jesús antes de la Resurrección, que viene a culminar, después de una muerte tan escandalosa como el nacimiento, la Buena Nueva cristiana. En ningún sitio como en los países de la antigua Monarquía española se entiende el significado profundo de la música con que los ángeles y los pastores celebran la llegada del Señor: el villancico navideño —por ejemplo, los que Lope de Vega incluyó en su novela pastoril a lo divino *Pastores de Belén*—, es una nueva forma de encarnación, el concepto hecho palabra y música gracias al amor, el amor del Señor que inspira al poeta enamorado.



También se va configurando, poco a poco, el ciclo litúrgico cristiano, con el Adviento y la preparación a la celebración próxima, que llega con la jubilosa Misa del Gallo y la conmemoración de la Epifanía, que sigue siendo un puntal indispensable en toda la secuencia. En 1960, se perdió la celebración, el 1 de enero, de la circuncisión del pequeño niño Jesús, muy celebrada en la pintura cristiana. En conjunto, es un eco de la secuencia pascual correspondiente a la de Resurrección, de la que es anticipación. Alrededor de la secuencia litúrgica, que va señalando el sentido de la conmemoración, se han ido desarrollando las costumbres que configuran lo que hoy conocemos como Navidad. Los festejos familiares, de cuya larga tradición tan buena cuenta, y con tanta sensibilidad, dan las páginas de este libro; la música, y las luces y las iluminaciones, que devuelven al mundo su pureza inicial: purificación eficaz y despertar a la vida. También están las bromas del día de los Santos Inocentes, hoy en trance de perderse por la erosión de cualquier sentido comunitario, pero que, con cazurrería de



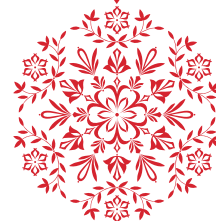
buena ley, mitigan el recuerdo de la tragedia en un brote inesperado de simpatía. Y, cómo no, la lotería, que en España permanece como un rito de identidad colectiva.

Menos orgánicos en cuanto a su implantación y su desarrollo son el árbol —redimido por las iluminaciones— y Papá Noel, siempre un poco grotesco y al que cada vez cuesta más resignarse. Entramos así en otro terreno, más puramente mundano, que convierte las calles del centro de las ciudades en centros comerciales a cielo abierto bajo el manto de las iluminaciones de Navidad. Sobre todo, se corre el riesgo de la trivialización. Unas Navidades que duren dos meses tienen poco que ver ya con el significado de lo que debían celebrar.

Y sin embargo, también aquí despunta la originalidad del cristianismo. Destinada a ser, tal y como indican la Concepción y la Natividad, una religión apolítica, universal, sin ataduras en ninguna cultura, también es, y por eso mismo, la religión que más se acabará prestando, según el análisis bien conocido de Marcel Gauchet, a la salida de la religión: la religión que más facilita el tránsito de la fe al desapego. Pero esa realidad, que ha definido una nueva etapa de todo lo que arrancó en Belén, es de doble dirección. Las actuales celebraciones de la Navidad sugieren una importante pérdida de significado de esta. Y al mismo tiempo, demuestran cómo el cristianismo sigue siendo capaz de comunicar su espíritu a toda una sociedad, incluidos los escépticos y los creyentes de otras religiones. La Navidad perpetúa el esfuerzo por reencantar el mundo, y eso por mucho que esa misma sociedad no se entienda a sí misma como íntegramente religiosa, al modo en que lo era hace no muchos años. Es el milagro del nacimiento de Dios, renovado con cada celebración. Dios se hizo hombre, pero también permitió al ser humano acceder a un grado más profundo de dignidad y de humanidad. Y esa realidad, que es lo que se celebra estos días, sólo pudo ocurrir gracias a lo sucedido en Belén de Judea, hace algo más de 2000 años. Es lo que nos cuenta esta preciosa historia de la Navidad de Francisco José Gómez Fernández.

José María Marco





A mis padres y hermanas y a los miembros, pequeños y grandes, de la familia, recién incorporados, por tantas Navidades, cargadas de sentido, merecedoras de recuerdo e inspiradoras de este libro. Y a «la familia del corazón», la que vamos haciendo a lo largo de la vida y sabe compartir los pequeños momentos y los hechos importantes de la misma.



«Los que han oído hablar en su infancia de la lucha contra la pena de muerte y conocen el establo (el Belén) y la Buena Nueva han experimentado un gran horror hacia el baño de sangre del siglo XX, han tenido tiempo de asimilar la idea de que destruir a sus semejantes es inadmisibile... Los hombres de los que se han servido para cometer asesinatos masivos no habían oído hablar de nada. Se ganaban la confianza de sus jefes, y luego le cogían gusto a los asesinatos y a los insultos».

Nadejda Mandelstam,
Contra toda esperanza

«Estos días es la más frecuentada por los niños. Como es natural, cada cual quiere tener su Nacimiento; y poco importa que sea modesto, la cuestión es llevárselo a casa, prodigarle toda suerte de cuidados y, a veces, hacer rabiar a los infelices compañeros que se quedaron sin él. La Virgen y el Niño, los Reyes Magos, los pastores que ofrecen sus presentes al Niño Jesús, tal es el objeto de los ensueños de todas las criaturas en estos días. Luego, andando los años, son los recuerdos que en la memoria se graban con mayor fuerza durante el transcurso de la vida. Así lo acreditan los recuerdos de los poetas y los cuentos de los viejos, la musa popular y los orígenes de nuestro teatro».

«La Plaza de Santa Cruz en Nochebuena»,
Revista Nuevo Mundo, núm. 520, Madrid 1903.



A. Chevallier Tayler. 1911. *El Árbol de Navidad*. Colección privada.



UNA PEQUEÑA PRESENTACIÓN

Una vez al año, llegadas las fiestas de Navidad, muchos medios de comunicación insisten en mensajes tales como: «estas son las fiestas más entrañables del año», «es el tiempo de la bondad», «como siempre haremos buenos propósitos para el nuevo calendario» ..., como si con la sola llegada de la última semana del mes de diciembre, y por unos días, existiese la obligación moral de añorar, practicar el bien y hacer proyectos, sin más causa o motivo.

Ante estas premisas, que de darse efectivamente no son despreciables, cabe preguntarse si realmente en esto consiste la Navidad, dado que en no pocas ocasiones la visión que se tiene de la realidad se gesta a partir de lo que se dice, o se ve, a través de los citados medios. La respuesta a la cuestión planteada es negativa. La Navidad no es tan sólo un conjunto de recuerdos, buenos sentimientos e intenciones para el futuro, sino una de las manifestaciones religiosas, culturales y humanas más importantes de la historia de la humanidad.

Las fiestas de la Natividad de Jesús, o Pascuas de Navidad, son solemnidades esencialmente religiosas, cuyo origen, sentido y desarrollo llenan de fe, contenido y tradiciones los días señalados que nos ocupan en este libro. A lo largo de los siglos, el nacimiento de Jesús de Nazaret, considerado por los cristianos como el Hijo de Dios, ha constituido, y sigue haciéndolo, una de las bases del credo de más de dos mil millones de personas en el mundo, que fundamentan su vida sobre los hechos y vivencias que narran los Evangelios.

Por otra parte, y en cuanto se trata de una antiquísima manifestación humana de un conjunto de creencias, también es cultura. En torno a las mencionadas convicciones se han generado liturgias, ritos, prácticas, literatura, música, diversiones e incluso comidas y dulces que le son característicos. La calidad de tales y tan variadas expresiones en muchos casos ha



llegado a ser muy alta, dado que el núcleo de la celebración, el nacimiento de una divinidad, así lo requería.



Finalmente, a lo largo de los siglos, la Navidad ha sido una ocasión, y muy especialmente un estímulo, para que el hombre, de nación o cultura cristiana, alcanzase un mayor grado de humanidad. Las tradiciones, en general, no son importantes por ser antiguas, ni significativas por qué figuras destacadas las introdujeron o practicaron, sino por los principios que manifiestan en su esencia. El elenco de valores humanos, y espirituales, que presentan estas celebraciones es realmente elevado, y difícilmente superable. De aquí el que, en la actualidad, una gran parte de la población, incluyendo un porcentaje de no creyentes, se identifique con el sentido profundo y humanizador de este período del año, y que la Navidad sea entendida, cuando menos, como un tiempo para la bondad y la transformación personal.

Este es el objetivo del libro, el de dar a entender el proceso secular de surgimiento y desarrollo de las celebraciones de Navidad, desde un análisis puramente histórico, en el que incluyamos cuantos aspectos han contribuido a su formación, así como el sentido profundo de sus fiestas y prácticas. La exposición de sus tradiciones más señaladas y significativas, que han contribuido a configurar nuestra cultura y visión de la existencia. Y finalmente, la puesta en valor de algunos momentos históricos, en los que los principios intrínsecamente ligados a la Navidad han elevado al ser humano sobre sí mismo, haciéndole merecedor de este nombre.

A fin de facilitar la comprensión de la dinámica seguida por la Navidad, y cuantos aspectos la acompañan, he decidido exponer los hechos por épocas, y no por temas concretos, como suele ser habitual. De este modo espero que nos aproximemos con mayor facilidad a cada uno de los períodos de la historia, y al sentir, pensar y celebrar de sus hombres en torno a estas solemnidades, siguiendo así la evolución de la propia festividad y constatando lo antiguo y reciente de nuestras costumbres. Aunque sabemos que no es exacta, he seguido la división clásica del devenir humano en Edad Antigua, Medioevo, Edad Moderna y Mundo Contemporáneo, con el objetivo de ayudar a un mejor entendimiento. En contadas ocasiones, y temas muy determinados, no he respetado tales límites, pues debe primar siempre la claridad en la exposición, algo que espero haber logrado. Debo advertir, igualmente, que el sentido de las celebraciones y tiempos religiosos han sido presentados en la primera de las ocasiones en las que podían ser tratados, eliminando así, en épocas posteriores, la repetición de tal explicación. Del mismo modo, y aunque el libro está planteado con el fin de ofrecer una visión global del tema, he dado más relevancia a las Navidades y tradiciones propias de España, por ser nuestras, abundantes y significativas para los que aquí hemos nacido y por ser el nuestro el país que con mayor grandiosidad y duración las celebra en todo el planeta.



Para finalizar, mi agradecimiento a los que me han animado a la publicación de esta obra en un mayor y mejor formato, más completa y estudiada. A Almudena L., que tanto me ha insistido; a María Ángeles F., que tan dispuesta y activa ha sido siempre; a Ana e Ignacio, que saben bien lo que este tema es capaz de mover; a la «tertulia» del último jueves del mes, por su atención y presencia; a Asumpta y Charo, que siempre están para poner el broche de oro, y a Cristina, que sabe acompañar los procesos creativos.

Nada más me queda por señalar, tan sólo desear que los objetivos se hayan alcanzado, que el lector disfrute con su lectura y que las próximas Pascuas de Navidad sean un período más consciente, enriquecedor y vivo.

Burgos, a 9 de julio de 2025





I

LA NAVIDAD EN SUS INICIOS, UN PROCESO LENTO Y COMPLEJO

Del nacimiento de Jesús a la Caída de Roma

Del año 1 al año 476



I

DE LA INDIFERENCIA AL ENTUSIASMO

Del siglo I al siglo III



Miniatura medieval de *La Natividad*, evangelio armenio.
Museo de la Catedral Armenia en Julfa, Isfahan, Irán.



Los primeros trescientos años del cristianismo basculan entre la indiferencia casi total del primer siglo, en lo tocante al nacimiento de Jesús, y la profusión de fechas propuestas en el siglo III, entre las comunidades cristianas, con el fin de celebrar la Navidad. Hasta llegar a este punto, inicialmente hubo de darse un proceso lento, intermitente en el tiempo y, las más de las veces, espontáneo entre los grupos que formaban la Iglesia de los primeros siglos.

Sus hitos, esto es, la redacción de los pasajes evangélicos del nacimiento e infancia de Jesús, las incipientes «peregrinaciones», el primer interés por la gruta de la Natividad en Belén, y la vida de un obispo virtuoso con fama de santo, aun combinados entre sí, no parecían contar con la fuerza suficiente como para provocar el afán y la atracción que en la tercera centuria alcanzó la Navidad entre los cristianos; y sin embargo así fue.

No hemos de olvidar que la verdadera fuente de persuasión de tal festividad estaba en su mensaje y en la vivencia de este. La celebración del nacimiento de Jesús, tal y como lo creían y siguen creyendo los seguidores del Nazareno hoy, constituye la encarnación del Hijo de Dios, esto es, su llegada al mundo hecho hombre para salvarles del pecado y la muerte y mostrarles la vida a seguir.

Por tanto, es desde aquí desde donde hemos de contemplar el surgimiento de los textos de la infancia, las visitas a Belén, o la imitación de las virtudes de un santo del siglo III; desde las experiencias de los fieles y como manifestación de su propia fe, auténtica urdimbre que ligó y cohesionó discretamente sucesos tan distantes, así podremos comprender el desarrollo y trascendencia que paulatinamente alcanzó la Navidad.

A LA ESPERA DEL FIN DE LA HISTORIA

Los cristianos del siglo I no celebraban la Navidad. Su despreocupación por el nacimiento y la infancia de Jesús nacía de su firme creencia en que la segunda llegada de Cristo, la *Parusía*, y con ella el final de los tiempos, era inminente, lo que centró sus miras y prácticas religiosas en la preparación para este momento, en el que la historia alcanzaría su culmen y conclusión. No había, por tanto, necesidad de escribir relatos sobre Jesús, ni de completar su historia o biografía, ya que la inmediata consumación del mundo restaba importancia a tales



San Lucas, evangelista de la infancia de Jesús, retratando a la Virgen con el Niño, según una vieja tradición que le señala como pintor. Fue el autor que mejor comprendió el sentido que tenía la larga espera de la *Parusía*, o segunda venida de Cristo. Anónimo ruso, siglo XV. Reklinghausen, Renania del Norte-Westfalia, Alemania.

aspectos. Marcos, en su Evangelio, había reiterado esta proximidad, destacando que, aunque Jesús no había señalado el momento exacto, había de ocurrir en un tiempo muy escaso: «En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean venir en poder el reino de Dios» (Mc 9,1); «Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entended que [el Hijo del Hombre] está próximo a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas sucedan» (Mc 13,29-30). Las señales que anunciarían el definitivo advenimiento serían calamitosas: guerras, terremotos, hambrunas y persecuciones contra los cristianos (Mc 13). El fin del mundo tendría lugar simultáneamente a la venida del «Hijo del Hombre», que habría de juzgar a la humanidad, y «reunir a sus elegidos» (Mc 13,27). Por tanto, y ante esta perspectiva, no es de extrañar que las celebraciones más importantes para los cristianos de, al menos, los tres primeros siglos fueran el bautismo, la eucaristía y la Pascua.

Ahora bien, el siglo I de la era cristiana fue trascendental para la configuración posterior de la Navidad, ya que dentro del mismo tuvo lugar un proceso que orientó definitivamente el camino y sentido que había de tener tal celebración, tanto en su significado global como en sus diferentes partes. La dinámica a la que nos estamos refiriendo es la de la elaboración de los Evangelios y, muy especialmente, a los de Mateo y Lucas, los dos autores que recogieron algunos episodios de la infancia de Jesús.

EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA

De la reinterpretación del fin de la historia al interés por los sucesos de Belén

Unas décadas después de la muerte del Nazareno, los cristianos habían cambiado sus expectativas. Hacía ya más de medio siglo de los sucesos del Gólgota, y de la resurrección, y sin embargo la segunda venida de Cristo no había tenido lugar. La conclusión, que aquellos primeros fieles extrajeron de esta demora, fue que el fin de los tiempos estaba mucho más lejano de lo que ellos mismos habían esperado, y era necesario por tanto replantearse la forma y el sentido de su permanencia en el mundo, hasta que el ansiado advenimiento definitivo se produjese. En esta línea el evangelista con mayor intuición fue san Lucas.

Este, discípulo de Pablo, fue el autor del tercer evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles, obras ambas finalizadas como mucho hacia el año 90. Lucas, hombre culto, y de origen gentil según algunos indicios, quiso dar respuesta en sus escritos al desaliento de su comunidad, cansada ya de la prolongada espera de la *Parusía*. Para ello interpretó el sentido de aquella expectativa, afirmando que semejante demora había sido instaurada por el Espíritu Santo, y que constituía un bien y un medio divino en sí misma, pues tenía por objetivo continuar la obra de Cristo en el mundo, a través de sus comunidades cristianas. No importaba tanto el final como el que la Iglesia aprovechara ese tiempo que se le concedía: «... y que se predicase en su nombre [el del Mesías] la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén» (Lc 24,47). Esta certeza queda expresada claramente por Lucas en su segunda obra, los Hechos de los Apóstoles, en la que relata la labor del Espíritu Santo en la Iglesia, y el peso determinante de la figura de Pablo, cuya visión universal del Evangelio comparte su discípulo.

El evangelista san Mateo, por su parte, llegó a la misma conclusión, aunque de manera independiente a Lucas, pues sus obras se elaboraron claramente por separado. La *Parusía* se había retrasado, pero Cristo vendría, sin duda, por segunda y definitiva vez, cuando la Iglesia hubiese predicado el Evangelio a todo el mundo; entonces llegaría el final: «Se proclamará esta buena nueva del Reino en el mundo entero para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin» (Mt 24,14).

Ahora bien, la reinterpretación de la realidad que ambos acometieron a partir de las experiencias vividas no se ciñó exclusivamente a la cuestión del final, sino que abarcó una serie de aspectos esenciales para la vida de sus comunidades. Lucas explica a sus hermanos cristianos que las persecuciones, y pruebas, a las que se ven sometidos, no son un signo de que el final de los tiempos está cerca, sino más bien una consecuencia derivada de la propia condición del discípulo de Jesús; aunque, igualmente, invita a los miembros de su asamblea a no relajarse en sus exigencias de vida, pues pese al tiempo transcurrido, y aunque todavía no lo ha hecho (Lc 21,8-9), lo único cierto es que Cristo vendrá de repente (Lc 21,34-36), cuando menos se espere: «Vosotros estad también preparados, porque en el momento menos pensado vendrá el Hijo del Hombre» (Lc 12,40).



San Gabriel (fragmento)

Dios te salve, Anunciación.
Morena de maravilla.
Tendrás un niño más bello
que los tallos de la brisa.
¡Ay, San Gabriel de mis ojos!
¡Gabrielillo de mi vida!,
Para sentarte yo sueño
un sillón de clavellinas.
Dios te salve, Anunciación,
bien lunada y mal vestida.
Tu niño tendrá en el pecho
un lunar y tres heridas.
¡Ay, San Gabriel que reluces!
¡Gabrielillo de mi vida!
En el fondo de mis pechos
ya nace la leche tibia.
Dios te salve, Anunciación.
Madre de cien dinastías.
Áridos lucen tus ojos,
paisajes de caballista.

Federico García Lorca



Las catacumbas fueron lugar de enterramiento y refugio de los primeros cristianos durante las persecuciones. San Lucas captó que la persecución era más una condición del fiel que una señal del final de los tiempos. Catacumbas de San Calixto (s. II). Roma, Italia.



De aquí que Lucas, a lo largo de sus escritos, recomienda a su grupo que se prepare para vivir dilatadamente en el tiempo, y en el mundo, y más en concreto, dentro del marco político, y cultural, del Imperio romano, con el que no encuentra motivo de conflicto. Él mismo se considera un ciudadano leal al Estado, y no ve causa importante para un radical enfrentamiento entre Roma y la Iglesia. En su Evangelio, personajes no judíos, como el centurión, o el buen samaritano, son modelos de fe y caridad respectivamente, incidiendo en la universalidad del mensaje cristiano. Incluso, el juicio negativo y severo que, en opinión de san Lucas, merece el prefecto Poncio Pilato, se debe más a la incompetencia y cobardía del individuo que a su origen o cargo. Por el contrario, la mayor parte de la responsabilidad y de la culpa, en los hechos de la detención y muerte de Jesús, recae sobre los judíos y su jerarquía sacerdotal.

En definitiva, tanto Lucas como Mateo reorientaron la expectativa de aquellas primeras comunidades cristianas, justificando la tardanza de la *Parusía*, redefiniendo su misión en el mundo y alentándolas a vivir en él, aceptando las consecuencias derivadas de su estilo de vida y la necesidad de organizarse por no se sabe cuánto tiempo, quizás mucho.



Con los años, la extensión de este análisis de la realidad entre el resto de las asambleas cristianas fue la causa que llevó a la elaboración de los pasajes evangélicos dedicados a la infancia de Jesús y, a la larga, a la celebración de la Navidad. Ahora, por fin, y preparados ya para permanecer en la tierra, había tiempo, no urgía la preparación para el fin de la historia, y tenía sentido completar el relato de la vida de Jesús para ampliar su conocimiento y profundizar en la biografía del Mesías. Los cristianos, por tanto, querían saber más sobre su maestro.

A este deseo se sumó la propia expansión del credo cristiano —presente ya, a fines del siglo I, en Siria, Asia Menor, Egipto, Chipre, Grecia, Italia y otros lugares—, que exigía una mayor articulación de las comunidades y mejor formulación de las creencias. En este sentido, tanto Mateo como Lucas no se limitaron a realizar una mera semblanza, o a rellenar algunas lagunas existentes en la vida de Jesús, sino que fundamentalmente sus relatos se elaboraron con un fin teológico: demostrar que en Jesús se cumplían las profecías que anunciaban la llegada del Cristo, desde el mismo momento de su concepción y nacimiento.



Y en Jesús se cumplieron las profecías.

Sentido del nacimiento e infancia de un dios

Los evangelios no son libros de historia, sino de fe. El evangelista san Juan, al final de su obra, confiesa con claridad cuál es su finalidad: «... y estas [señales] fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20,31). Su principal cometido, entendiendo por tal el del conjunto de los cuatro evangelios, es el de ofrecer un testimonio de la vida, los hechos, la predicación, y el significado de Jesús, con el fin de extender su doctrina, para que así otros crean en él.

Y aunque, sometidos a los múltiples criterios de historicidad que se manejan en la investigación actual, han demostrado ser las fuentes históricas más fiables de que disponemos, no hemos de olvidar que es la citada faceta testimonial, y espiritual, la que prevalece por encima de las demás. A este respecto, podemos decir que son una lograda biografía propia de su época, al estilo grecorromano del siglo I d. C., donde se aunaban los hechos históricos con los discursos que facilitaban el conocimiento de la identidad integral del personaje. Ahora bien, no podemos abordarlos como una semblanza, o libro de historia, tal y como lo entendemos en nuestros días, aunque en sus páginas haya grandes dosis de historicidad, y buscasen ser coherentes con los dichos y hechos de Jesús, o cuando menos con el espíritu del personaje.

Siguiendo las normas helenísticas de una narración biográfica, tal y como se realizaba en aquellos siglos, san Mateo expone los hechos maravillosos de la infancia del héroe, como



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
UNA PEQUEÑA PRESENTACIÓN	17

I

LA NAVIDAD EN SUS INICIOS, UN PROCESO LENTO Y COMPLEJO

Del nacimiento de Jesús a la Caída de Roma
Del año 1 al año 476

1

DE LA INDIFERENCIA AL ENTUSIASMO.....	23
---------------------------------------	----

Del siglo I al siglo III

A la espera del fin de la historia.....	25
El origen de los Evangelios de la Infancia.....	26
El lugar de los hechos. La gruta de Belén.....	30
San Nicolás de Myra, un obispo devoto y caritativo.....	35
Y mientras, Roma adoraba al Sol Invicto.....	41

2

LA FESTIVIDAD SE DEFINE Y TOMA FUERZA 45

Del siglo III al año 476

A la búsqueda de la fecha del natalicio	48
Primeras noticias y sólidas teorías	51
La difusión de la fecha de la Navidad.....	59
La Basílica de la Natividad y la primera liturgia	63
Efrén de Siria, el «primer» músico cristiano	66

II

LA NAVIDAD EN LA EDAD MEDIA. SIGLOS DE SOLEMNIDAD Y GRANDEZA

De la Caída de Roma al Descubrimiento de América
Del año 476 al año 1492

3

PREPARACIONES, PESEBRES Y CEREMONIAS..... 73

Del siglo VI al siglo XIII

A la espera del Niño. El sentido Adviento medieval.....	76
Y antes que el Belén fue el pesebre. La fuerza de la imagen.....	78
La Misa del Gallo, alegría y solemnidad para el inicio de la Navidad	81

4

TEATROS Y BELENES, LA NAVIDAD TOMA FORMA 85

Los autos de Navidad, el pueblo representa su fe.....	87
Y en aquella Nochebuena nació en Belén	98
Las representaciones de la Natividad y sus reveladores personajes	103

5

GRANDES PROTAGONISTAS DE LA NAVIDAD MEDIEVAL 111

Del siglo XIII al siglo XV

Los Reyes Magos y su largo camino de reelaboración. De Oriente a Colonia 113

San Nicolás y su creciente devoción en el Medievo..... 122

El árbol de Navidad, un protagonista material 123

6

COMIDAS PROPIAS, OTRAS CELEBRACIONES

Y ALEGRÍAS NAVIDEÑAS 127

La surtida mesa de Navidad: capones, gallos y gansos, roscones, mazapanes y
turrone..... 129

Y también se celebraba la Navidad en la España musulmana..... 132

La alegría en la Navidad medieval 135

III

LA NAVIDAD EN EL MUNDO HISPÁNICO. UN MERO CAMBIO DE FORMAS Y UN CONTINENTE POR PREDICAR

Del descubrimiento de América a la Revolución francesa

Del año 1492 al año 1789

7

LAS PIADOSAS Y FESTIVAS NAVIDADES DE

NUESTROS SIGLOS DE ORO 145

Los siglos XVI y XVII

Las preparaciones previas y la muy concurrida Misa del Gallo 148

Cenas de Nochebuena y comidas de Navidad, la fiesta a la mesa..... 149

Celebraciones pascuales nocturnas al calor del hogar 154

El nacimiento de los villancicos, el sonido de la Navidad..... 157

El auge del Belén doméstico	167
Los divertimentos públicos. La pasión por el teatro	169
Sobre las felicitaciones escritas y la donación de aguinaldos	171
Reyes de España y Reyes Magos. Una curiosa asociación.....	173

8

LOS BORBONES LLEGAN A ESPAÑA..... 179

El siglo XVIII

El origen de la lotería, un juego habitualmente ligado a la Navidad.....	181
Carlos III y la llegada de los belenes hispano-napolitanos	186

9

LA NAVIDAD LLEGA A AMÉRICA 193

«Nuestro Señor había hecho encallar la nave para que hiciésemos asiento allí»	195
El desarrollo de la Pascua de Navidad en América.....	196

IV

LA NAVIDAD EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO. DIVERSIDAD Y TRADICIÓN

De la Revolución francesa a nuestros días
Los siglos XIX y XX

10

LA NAVIDAD ENTRE EL SENTIDO, LA FIESTA Y LA FRIVOLIDAD...207

Los siglos XIX y XX

El Adviento y las semanas previas al 25 de diciembre.....	210
Los días de Nochebuena y Navidad.....	215
La Navidad en los hogares.....	227

La Navidad en el frente	234
La celebración de Fin de Año.....	241
Política versus Navidad en el mundo contemporáneo	245
Los Reyes Magos, una fiesta muy española.....	252
Los cuentos españoles de Navidad, un género valioso y desconocido.....	257
CONCLUSIÓN.....	269
BIBLIOGRAFÍA	273
Libros	273
Artículos y revistas	275



La Navidad es la fiesta más querida y universal del planeta. Creyentes, escépticos y devotos de otras religiones comparten, año tras año, un legado bimilenario de ritos, arte y espiritualidad que define quiénes somos.

Este libro de historia recorre los hitos y secretos de esta celebración, prestando especial atención a España, el país que la vive con mayor grandiosidad y duración de todo el mundo. Un viaje fascinante para recuperar el sentido de nuestro pasado frente al ruido del presente.

Como bien apunta José María Marco en su prólogo:

«Las actuales celebraciones de la Navidad sugieren una importante pérdida de significado de esta. Y al mismo tiempo, demuestran cómo el cristianismo sigue siendo capaz de comunicar su espíritu a toda una sociedad, incluidos los escépticos y los creyentes de otras religiones. Es el milagro del nacimiento de Dios, renovado con cada celebración. Es lo que nos cuenta esta preciosa historia de la Navidad de Francisco José Gómez Fernández».



Francisco José Gómez Fernández (Madrid, 1971) es historiador y docente. Sus campos de estudio abarcan principalmente la Historia de las religiones y las creencias y la Historia de España. Es autor de más de 70 artículos publicados en diferentes revistas históricas de ámbito nacional, y de ocho libros, entre los que destacan tres antologías de cuentos españoles de Navidad: *El día de Reyes*, *La noche de Navidad* y *Tardes de Año Nuevo*, tratándose de uno de los mayores especialistas de historia y literatura navideña de toda España.

Depósito Legal: M-17785-2026



ISBN: 978-84-1339-299-8



9 788413 392998